

que si el cajero no adelanta en literatura ni falta le hace, ni la necesita para llegar, si la fortuna no le separa del jamon y del chinguirito, á obtener las coronas de Venus y la proteccion inmediata de Mercurio.

Por otra parte, el cajero en forma sin ser literato, goza de muchas prerogativas: tiene derecho de mentir al comprar y al vender; es el jefe nato de los cargadores y de los arrieros: los corredores le deben consideracion porque miente al comprar mas que ellos al proponer: disputa con el amo sobre la calidad de los efectos, y al hablarle de sus precios no dice le cuesta á vd., sino *nos cuesta tanto, perdemos* mas cuanto. El cajero ejerce jurisdiccion contenciosa sobre los que circulan moneda falsa: cuando alguna cae en sus manos riñe con el marchante, examina de nuevo la moneda, manifiesta su inteligencia á los compañeros, y después, á pesar de los ruegos ó dicitrios de su contrincante, el cajero implacable, severo como otro Minos, toma un clavo y una pesa, y clava la moneda á orillas del mostrador, donde queda manifiesta para escarmiento de pícaros. El cajero en esos momentos ha hecho el papel de actor, perito, juez y ejecutor.

Hasta aquí su vida positiva; veámos su vida poética ¿por qué no ha de tener su lado poético la vida del cajero? Condenado por su dependencia al celibato, al menos seis dias en la semana, ese cajero de vida y ocupacion prosaicas, tiene un dia consagrado á las ilusiones; el dia festivo. Durante un mes ó dos ha soñado con un pantalon de casimir amarillo, una chaqueta azul, unas botas charoladas, una mascarada nácar, un sombrero aleman con las indispensables chapetas de plata, y, últimamente, ha soñado con alguna belleza; quizá una cita amorosa dada en la semana ha distraido su mente un rato del catalan y del arroz. ¡Oh! y para alcanzar esa cita, ¡cuántos afanes, cuántos sacrificios! El desdichado que ignora el estilo erótico, se desvela pensando en la redaccion de la primera misiva, y fatigado de buscar principio á su obra, tiene que recurrir á su condiscípulo que ya es estudiante y se ha examinado de mínimos y menores; le confia su empresa y acaba por suplicarle que le confeccione un borrador: el estudiante aprovecha la oportunidad de utilizar y lucir sus talentos y en cambio de una resmilla de papel fino, viene á entregar al disimulado amante el susodicho borrador, concebido en los términos siguientes, ú otros muy semejantes:

“Miado rada Señorita.”

“Desde que tube la inponderable dicha de ber á V. por la primera ves mi corazon ardiente se sintia abrazado con el juego de esos hojos selestiales y con la ermosura de ese rostro encantador, y en esta soli-

taria y triste, tienda deborava en secreto este amor que me llebara ha la tumba, pero lo encantadora Señorita; ya mi pacion no puede contenerse en los límites del cilensio. . . . ~~ya~~ ya es fuersa que V. sepa la ternura funesta de mi lugubre corazon que Cupido a traspasado con sus eburneas flechas. ¿Como podre resistir el atractivo de una muger mas hermosa que la misma Venus? imposible Señorita. . . . Yo conosco que no me adorna ningun mérito; pero V. que abriga un alma susceptible y compasiva disculpara lo devorador de mi pacion y por lo mismo me atrevo á pedirle en lagrimas el rostro sumergido un Si que no me sera negado, y siendo mi pacion tan onesta espero que me contestara V. pues de lo contrario el Dios omnipotente sera testigo deque abra V. el sepulcro a”

“Quien V. sabe.”

El cajero copia la carta, la remite y no se la contestan, y lucha y relucha, y envia grátis el liston á la niña, y regala alfileres á la criada hasta que llega la contestacion que dice, poco mas ó menos:

“Mi estimado Señor.”

“Aunqe V. me dise que me ama qien sabe quales seran sus intesiones. por qe llo me estoi confesando y aunqe llo tanvien quiero á V. mucho y le dijo qe si. pero si sus intesiones son buenas es fuersa que se lo diga V. á mi mama por que no quiero qe lo sepa pues no me dejara hir al paseo el domingo, pues solo nos podremos ber los domingos que boi a bisita en casa de mi prima. pues no quiero perder la qietu de mi corason por que ustedes los ombres no mas enamoran por enamorar y si V. quiere casarse conmigo cuente V. conque soi su amante q. b. s. m.”

“Quien V. sabe.”

El felicísimo cajero contando los minutos ve llegar el suspirado dia: toma la vanguardia á la aurora, aprovecha la misa de alba y ocurre despues al baño y á la barbería, y allí deja el olor de los cominos y la cubierta de polvo y grasa que lo constituian ente prosaico, y vuelve lucio, rollizo y bien adovado á esperar con ansia el momento de dar-

se á la luz pública. Suena la hora de marcha y nuestro limpio Adonis cerrando las puertas y atrancándolas con sorprendente velocidad, pasa á la trastienda; en un rincón está su lecho mercantilmente enrollado y ligero, circunstancias para trasportarlo ya al mostrador, ya al tapanco, ya á la bodega; lo desenvuelve con un puntapié y en él arroja la camisa súcia, el delantal de brin, los chanclos ó pantalones de campaña: acude al baul y saca el uniforme de gala, el traje dominguero: la vidriera del despacho es su tocador de cuerpo entero, y allí á solas se aliaña, se viste, cuida de poner en la bolsa del reloj un sobre sueldo que le ha concedido D. Prudencio (*) y se lanza á la calle limpio, rozagante y matizado de vivos colores, como ramillete formado en una mañana de primavera.

Pero ¡cuán caro le cuesta ajustarse al traje poético del domingo! no acostumbrado ya el cajero á sujetar sus miembros con la calurosa corbata, el ajustado pantalon, la estorbosa chaqueta y el sombrero indócil y rebelde, que por falta de uso se desaviene con la cabeza y se fuga de ella como si fuera una ilusión, pierde el hombre la soltura de los movimientos, queda como en prensa, y entonces la inmovilidad de su cuello, el andar embarazoso, la actitud tiesa y uniforme de sus brazos, el ruido en hueco de las botas, publican la condición del cajero, demuestran su originalidad y se distingue de los demás seres de la creación á una legua de distancia.

Dispuesto á realizar sus sueños de felicidad, visita á su familia, la impone de los precios de plaza, le esplica el manejo de la calicata ó alcómetro, y recomienda que sus hermanitos no vayan á comprarle, ni menos á pedirle anises: sale, pues, de su casa satisfecho de que le hayan dobladillado y alabado su mascada nácar, y de lo bien que le sienta la chaqueta azul que se mira á menudo, así como las puntas de las botas, apresurándose á pasar, para lucirse, por la calle donde vive la niña: ella lo saluda entre risueña y pudorosa, él saca su mascada y entra á comprar cigarros al estanquillo inmediato, y vuelve á saludar, y ella en el balconcito habla con su prima, y él revuelve la vista hasta llegar á la esquina, donde echa el último saludo, y se dirige á cumplir otra cita mas positiva con la recamarera que le compra cinta y agujas; cumple como puede su misión sobre la tierra, regala el peso mas nuevo y se dirige á la plaza de toros ó á la alameda: allí, como es natural, se reúne á otros cajeros.

—¿Cómo te va?

—¡Bien! Acabo de dejar á mi muchacha.

—¿Qué tal es el garbanzo?

[*] D. Prudencio llaman al cajón del dinero; personaje mudo, complaciente y que desquita el mal humor de los cajeros, pues le imponen multas, contribuciones, escotes, y D. Prudencio no chista.

—La quisieras para tu ama.

—¿Es cocinera ó galopina? Vamos ¡cuánto va que es una vieja!

—Pues! como á tí no te hace formal sino la suegra de tu amo que te regala bocaditos. ¿Sabes que nos ha llegado un vino carlon exquisito?

—¿Cuántos barriles?

—Doscientos ochenta.

—En tu vida los has visto. Miren á este: ya quiere hacernos creer en doscientos ochenta barriles! ¿Qué, se sacó tu amo la lotería?

—No, sino que su capital es mas grueso que el del tuyo.

—¡Eh! al pasar por la tienda tuya se hace balance.

—¡Puede ser! pero no somos como vdes. que tienen seis frascos llenos de agua teñida con brasil y azucar quemada.

—¿Qué instruido estás! se conoce tu larga práctica; pero ¡á que no sabes hacer licores?

—Sobre que yo soy el único que prepara las mistelas y rebaja el aguardiente.

—Y por supuesto aumentarás el café en polvo con garbanzo tostado, y la pimienta con frutilla del Perú, y el azafran con azafrancillo, y fortaleces el catalan con alumbre, y mezclas la sal de Colima con la de Araró, y... vamos, haces prodigios, le das á tu amo ganancias de un doscientos por ciento: te debe regalar bien el pico.

—No mucho que digamos; hay veces, y son las mas, que la comida está de los perros.

—Pero así engordas.

—Y estoy mas fuerte que tú... Haber: echa un pulso.

Nuestro cajero vence á su contrario, tiene buenas canillas y no hay que disputar; nadie le aventaja en pujanza, ya sea con el dedo, ya con los puños. Las horas de la tarde vuelan: el cajero se prepara á volver de nuevo al palo, y durante sus sabrosos diálogos no ha dejado de pasarle por las mientes que podria casarse con la belleza que, semejante á una palomita blanca, ha visto en la lumbrera, ó con alguna otra que pasó como astro en una carretela azul.

Como las diversiones nocturnas son fruto vedado al cajero, que no goza de las delicias del teatro sino en las representaciones vespertinas donde la noche comienza desde las tres y media ó cuatro horas de la tarde, el toque de la oración es el de retreta para nuestro abarrotero, cuyo azueto termina con el crepúsculo; pero la oración es la hora de su liberalidad: no puede volver á la tienda ni con un resto del sobresueldo; así es que á esa hora procura convidar al estudiante que le sirve de secretario en sus amores, y á otros amigos, para tomar el chocolate en la sociedad mas inmediata, y allí, no solo toma chocolate, sino que sacia el apetito atrasado que tiene de sorbetes, pasteles, jaletinas, y obliga á sus comensales á pedir con franqueza café, licores y

soletas; paga por todos, y si aun le queda una peseta en la bolsa, la destina al primer mendigo que encuentra al paso, y vuela á abrir la tienda y á encender los quinqués, y á ponerse su delantal de brin, y á cubrirse de polvo y grasa, hasta que la edad le acarrea exigencias nuevas y deseo de libertad.

A los veinte ó veinticinco años de vida si el cajero no ha tenido la fortuna de hallar la piedra filosofal, esto es, un patrono que premie sus largos servicios ofreciéndole una habilitacion ó un tercio de las utilidades, entonces destripa, como diría un estudiante; deserta, reniega, abjura su mostrador, sacude el yugo y se lanza á la correduría, en cuyo ejercicio será feliz si logra hacerse corredor del número; pero si como *intruso* le va mal, reniega tambien de la correduría, y mediante una recomendacioncita sienta plaza de teniente. Deshechas sus ilusiones mercantiles toca la edad madura, y se llamará feliz si logra obtener un buen grado en la milicia, ó si un mediano negocio le proporciona lo suficiente para instalarse en un tendejon que piensa siempre engrandecer al crédito, para terminar su afanosa existencia llamándose propietario, y eternamente calculando el modo desconocido de evitar las menores pérdidas y áumentar hasta el infinito las ganancias.—(🔪)

